

JUANA.—No Señor; salió no hace mucho, pero me parece que no debe tardar. Si quiere usted esperarlo....

RICARDO.—(¿Donde estará la otra?) Yo tengo mucho que hacer.

JUANA.—Si yo puedo saber....

RICARDO.—Venía á que me tomara medida para hacerme unos botines.

JUANA.—Si usted quiere dejar dicho donde, él pasará á la casa de usted, tan luego como venga.

RICARDO.—No; mejor volveré dentro de un rato ó mañana. Hasta luego, señora. (Y la otra que no ha salido. Volveré.)

JUANA.—Adios.

ESCENA XIV.

JUANA Y PAULA.

PAULA.—Madre, no lo quiero creer. ¡Qué desgracia!

JUANA.—¿Qué te pasa?

PAULA.—Que se han llevado de leva á mi padre y á Manuel.

JUANA.—No puede ser.

PAULA.—Si me lo ha dicho el hijo de D.^a Petra que los vió. Dice que Manuel quiso defender á mi padre, y entonces los de la comision les dieron de cintarazos á los dos y se los llevaron.

JUANA.—¡Virgen santa! ¿Qué haremos?

PAULA.—¡Madre de mi alma!

JUANA.—¡Malditos sean los que así nos hacen llorar!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA

GENEROSIDAD.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa una sala regularmente amueblada.—Una mesa con libros á la derecha; á la izquierda un escritorio. Puerta en el fondo.

ESCENA I.

D. GERONIMO Y D. EDUARDO,

GERONIMO.—Pues como decia á vd. amigo mio, á los pobres es necesario tratarlos con alguna consideracion y darles esperas.

EDUARDO.—Pero es que yo tengo mis casas para alquilarlas y no para que me hagan mala obra, y si vd. no entabla juicio por desocupacion de casa, me veré en la precision de recurrir á otro abogado.

GERONIMO.—Puede usted hacer lo que guste, que al fin es muy dueño de sus intereses.

EDUARDO.—Pero no se ofenda usted, es que....

GERONIMO.—Es que usted no quiere ya depositar en mí su confianza, y en eso francamente, está usted en su mas perfecto derecho.

EDUARDO.—¡Qué ideas! De ninguna manera; yo no podria retirar á usted mi confianza.

GERONIMO.—Entonces pudo usted escusar su amenaza.

EDUARDO.—Vamos; no se hable mas de esto. Es que ahora vengo tan preocupado que no sé que hacer. Ayer tarde fuí á la casa del maestro Bernardo, y aunque les dí órden de que salieran de la vivienda, me han salido con que no pueden porque les falta dinero, que tienen enfermo y no sé cuantas cosas mas. Y francamente me veré precisado á echarles los muebles á la calle.

GERONIMO.—¿Y qué ganará usted, con eso? Exponer á los pobres á sufrir mas de lo que sufren y á perder el dinero. Sea usted ahora indulgente con ellos y verá como despues agradecidos logran pagarle.

EDUARDO.—Usted está creyendo que el mundo es de ángeles y no de hombres.

GERONIMO.—No; pero yo creo que se debe considerar un poco á los pobres.

EDUARDO.—Bien se conoce que á usted no le exige el gobierno la contribucion que ha impuesto con motivo de las facultades extraordinarias.

GERONIMO.—¿Y con echar á la calle los muebles de esos infelices, tiene usted dinero para satisfacer esa contribucion?

EDUARDO.—No, pero....

GERONIMO.—No hay pero que valga; usted no ha ganar un solo centavo con perjudicar esa á pobre gente, y sí se expone á perder la deuda.

EDUARDO.—Pero yo no sé que partido tomar.

GERONIMO.—Deles usted un plazo razonable y ellos podrán pagarle aunque sea en abonos, y así no pierde usted del todo.

EDUARDO.—(Puede que tenga razon.) Pues casi estoy por hacerlo, pero y si luego no me pagan....

GERONIMO.—Déjeme usted ese asunto que yo procuraré arreglarlo de la mejor manera posible.

EDUARDO.—Usted siempre compasivo, señor Licenciado, y á la verdad que hay ocasiones en que se hacen unos negocios tan malos....

GERONIMO.—Si usted me retira su poder escuso seguir hablando del asunto.

EDUARDO.—Vamos, amigo, no hay que incomodarse por esas cosas.

GERONIMO.—Es que á mí, ante todo me gusta la franqueza, y si usted ha de seguir con esas vacilaciones, le dejo todos sus negocios á las personas que me designe.

EDUARDO.—Si ya le he dicho que estoy preocupado y no debe hacer caso de mis humoradas.

GERONIMO.—Está bien, pero yo exijo de usted una condicion, si quiere que sea su apoderado. Déjeme obrar libremente, y no estorbe usted el giro que yo imprima á sus asuntos.

EDUARDO.—Pero yo desearia....

GERONIMO.—Nada; lisa y llanamente ¿acepta usted mi condicion? ¿Si, ó nó?

EDUARDO.—Es preciso pensar un poco, porque me parece necesario....

GERONIMO.—Entonces nombre usted un nuevo apoderado; yo no puedo seguir con sus negocios de esa manera.

EDUARDO.—(Y luego mis compromisos con este hombre.) Vea usted, hablaremos sobre el particular....

GERONIMO.—Ya sabe usted que yo soy hombre de pocas palabras, y no me gusta perder el tiempo; si usted acepta mi condicion, debe decírmelo en el acto á fin de que yo sepa á que atenerme.

EDUARDO.—Pues bien;.... haga usted lo que guste; pero ya conoce mis urgencias.

GERONIMO.—(Sí, ya te conozco.) Está bien no quedará usted descontento; al fin yo tengo mas sangre fria para tratar esos negocios....

EDUARDO.—Y es la verdad.

GERONIMO.—Si usted echara á la calle al maestro Bernardo, no le pagaria, mientras que con mi sistema, podemos lograr algo por lo pronto. Ya sabe usted el refran: "poco á poco se anda lejos."

EDUARDO.—No deja usted de tener razon.

GERONIMO.—(Ya le hice que ejecutara una buena accion aunque sea por interes.) ¿Y qué tal va la política?

EDUARDO.—Mal; la situacion empeora diariamente, y este gobierno nos sacrifica....

GERONIMO.—Siempre ustedes los ricos quejándose de todos los gobiernos.

EDUARDO.—¡Ay amigo! es que todos nos dan buena guerra.

GERONIMO.—Pues ustedes son los que menos deberían quejarse, porque al fin les exigen solo dinero, le pagan, y santas pascuas.

EDUARDO.—¿Qué mas queria usted que nos exigiese?

GERONIMO.—Líbreme Dios de querer algo mas; no señor pero comparo la conducta que observa con ustedes y la que sigue con la clase pobre, con los artesanos, y á estos los veo mas sacrificados.

EDUARDO.—Es que ellos....

GERONIMO.—Es que ellos son las víctimas de los abusos y de la tiranía. Los hombres trabajadores son sacrificados en todo y por todo; la situacion se pone mala, y ustedes los dueños de fincas para no perder, cobran doble renta; el comerciante sube de precio á sus efectos, el dueño de hacienda reduce los jornales porque no tiene consumo, y el pobre que trabaja todo el día, es la víctima.

EDUARDO.—Pero deberían cobrar mas por su trabajo....

GERONIMO.—Deberían..... sí, pero como tienen sobre ellos la amenaza de que se traerá todo del extranjero, se conforman con lo que se les da á fin de no empeorar mas su situacion.

EDUARDO.—Tiene usted unas ideas muy raras....

GERONIMO.—Puede ser, pero yo tengo la firme conviccion de que nuestros obreros no pueden prosperar sin una decidida proteccion.

EDUARDO.—Pero el consumidor pierde.

GERONIMO.—Se engaña usted porque el consumidor es á la vez productor, y cuando una clase de la sociedad perezca, tarde ó temprano se resentirá en todo el desequilibrio.

EDUARDO.—Con todo; siempre á nosotros nos esquilma el gobierno.

GERONIMO.—No digo que no; pero en comparacion del artesano, son ustedes muy felices.

EDUARDO.—No tanto.

GERONIMO.—Sí, porque á ustedes no los obligan á servir en las filas del ejército, ni los hacen abandonar á sus familias.

EDUARDO.—Eso es verdad, pero....

GERONIMO.—Los ricos siempre se quejan y si fueran mas amantes de ese pueblo que les forma sus tesoros, deberían no ser indolentes.

EDUARDO.—¿Y qué debemos hacer?

GERONIMO.—Por medio de la union y el espíritu de empresa, proteger el trabajo, y por medio del derecho de iniciativa procurar la mejora de los hombres trabajadores.

EDUARDO.—Vaya que está usted hoy predicador hasta mas no poder. Que le haga á vd. buen provecho. Hasta luego. *(se vá)*

ESCENA II.

DON GERONIMO.

GERONIMO.—No se puede decir la verdad á estos hombres, sin que no se hagan sordos á la voz de la razon. Los ricos debian ser suprimidos si solo habian de ser la rémora del progreso humano.

ESCENA III.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIADO.—Señor: dos mugeres desean hablar con usted.

GERONIMO.—¿Vienen solas?

CRIADO.—Sí Señor.

GERONIMO.—(¿Qué querrán? Y yo que iba á salir.)

CRIADO.—¿Qué les digo?

GERONIMO.—Dí que pasen.

ESCENA IV.

GERONIMO, PAULA Y JUANA.

JUANA.—¿Es usted el señor licenciado D. Gerónimo González?

GERONIMO.—Sí, yo soy.

JUANA.—Pues mi hija y yo venimos á darle á usted una molestia.

GERONIMO.—¿Qué querían ustedes?

JUANA.—Dile tú al señor licenciado.

PAULA.—Pues señor; ayer salió mi padre á entregar la obra que habia hecho en la semana y en el camino le encontró la comision y se lo llevó de leva.

GERONIMO.—¿Y bien?

PAULA.—Un jóven.....

JUANA.—Su novio, señor.

GERONIMO.—¿Ah, ya!

PAULA.—Pues ese jóven quiso defender á mi padre y entonces los de la policía les dieron á los dos de cintarazos y se los llevaron á la Diputacion.

JUANA.—Preguntamos á una vecina qué seria bueno hacer y nos dijo que viniéramos á ver á usted para que pidiera amparo..... que así habia sacado usted á su marido del cuartel.

GERONIMO.—Pero entonces era otra cosa; ahora con las facultades extraordinarias, de nada servirá que vaya á pedir amparo.

JUANA.—Pues en usted tenemos puesta nuestra confianza.

PAULA.—Figúrese usted, señor, que mi padre no pudo entregar la obra, que mi hermana mas chica está muy grave, que no tenemos para ver al médico.....

GERONIMO.—Pero.....

JUANA.—Y que hoy en la mañana no hemos probado alimento ni mi hija tampoco.

GERONIMO.—¿Qué gobierno! ¿Y él es el único hombre de la familia?

JUANA.—Sí señor, el único que pobremente nos sostenia, pero sin él, no tenemos ni á quien volver los ojos; por eso queremos su libertad.

GERONIMO.—Veré lo que puedo hacer por ustedes. Entretanto lleven un médico á ver á esa pobre niña, yo le pagaré.

PAULA.—Gracias señor, es usted muy bueno.

GERONIMO.—No, yo no hago nada.

JUANA.—¿Con qué pagaremos á usted tanta bondad?

GERONIMO.—¡Bah! ¡bah!, no empiezen ustedes con esas cosas que no es para tanto.

PAULA.—Usted es nuestra providencia.

GERONIMO.—Pero ustedes no han comido segun las oí decir... vaya ahí tiene usted, señora, siquiera para que puedan pasarla hoy. *(le dá unas monedas.)*

JUANA.—¿Cuánta bondad! Yo serviré á usted en lo que guste mandarme; no sé con qué pagarle sus beneficios.

PAULA.—Ni yo sé como recompensar su generosidad.

GERONIMO.—Vamos, hijas, no digan esas cosas; lo que yo hago, no vale la pena para que me lo agradezcan. Voy á ver que logro hacer por su marido de usted... pero á todo esto ¿cómo se llama?

JUANA.—Bernardo Ruiz, servidor de usted.

GERONIMO.—¿No es un zapatero que vive en la calle del Amor de Dios?

PAULA.—Sí, señor.

GERONIMO.—¿En casa de D. Eduardo Herrera?

JUANA.—El mismo, y nos ha dicho que si no desocupamos hoy la casa, nos echa á la calle.

GERONIMO.—¿Eso dijo?

PAULA.—Sí señor.

GERONIMO.—Pues no las echará á ustedes, porque yo sin saber como, lo he evitado ya.

PAULA.—Señor, usted no puede hablar sin hacer beneficios.

GERONIMO.—¿Quia! hija, si esto ha sido una casualidad.

JUANA.—¿No nos echará D. Eduardo de la casa?

GERONIMO.—Vivan ustedes sin cuidado que ya no las molestará mas con sus impertiencias.

ESCENA V.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIADO.—Ahí está el señor don Ricardo.

GERONIMO.—Dile que puede pasar.

PAULA.—Entonces señor, ya nos vamos y siempre conservaremos á usted nuestra gratitud.....

GERONIMO.—No; quiero que vea á ustedes ese señor. Es amigo mio.

ESCENA VI.

DICHOS Y RICARDO.

RICARDO.—Señor licenciado, ¿cómo vamos?

GERONIMO.—Así, así, amigo mio; y vd. ¿qué tal va?

RICARDO.—Perfectamente; pasé por aquí y no quise desperdiciar la oportunidad de verle (*viendo á Paula.*) ¡Calle! si es la misma que yo buscaba.)JUANA.—(*Mirando á Ricardo.*) (Esta cara no me es desconocida.)

GERONIMO.—Agradezco á usted infinito su atencion; pero ante todo deseo hablarle de un asunto en que quizá pueda usted ayudarme.

RICARDO.—Si puedo, con mucho gusto.

GERONIMO.—El padre de esta jóven ha sido aprehendido..... de leva.

PAULA.—Y tambien Manuel.....

GERONIMO.—¡Ah! su novio tambien; y á todo esto ¿cómo se llama?

JUANA.—Manuel Hernandez.

GERONIMO.—Pues bien; esos hombres han sido sorprendidos por la leva, y estas pobres mujeres han quedado en la miseria y en el abandono.

JUANA.—Sí señor; no tenemos ni para lo mas preciso.

GERONIMO.—Como usted sabe, la justicia federal es en estos momentos poco menos que un espantajo; aunque concediera el amparo, el Ejecutivo no le respetaria y todo seria de balde.

RICARDO.—¿Y yo qué puedo hacer?

GERONIMO.—Vamos, hombre; usted por su posicion social tiene grande influencia en el Ministerio de la Guerra y no creo difícil que logre usted la libertad de esos hombres, si se empeña en ello.

JUANA.—Ah, señor, cómo le bendiciremos á usted.

PAULA.—Háganos vd. ese inmenso favor.

RICARDO.—[Esta es buena oportunidad.] Yo haré lo que pueda; á nada me comprometo, porque las cosas están muy delicadas, pero en fin yo le hablaré esta tarde al ministro.

JUANA.—Muchas gracias, señor, por tanta bondad.

PAULA.—Que Dios les pague sus buenas acciones.

GERONIMO.—Déjese usted de eso.....

JUANA.—Nos retiramos, señor.

GERONIMO.—Sí; hasta luego.

PAULA.—Adios.

RICARDO.—Adios. (*Esta chica no tiene malos bigotes.*)
(*Se van Paula y Juana.*)

ESCENA VII.

GERONIMO Y RICARDO.

GERONIMO.—¡Pobres gentes! ¡Pero es posible que esto suceda en una república regida por instituciones libres?

RICARDO.—Qué quiere vd. De alguna manera se ha de sostener el gobierno.

GERONIMO.—Pero hombre, dejar á las familias en la miseria es una infamia.

RICARDO.—Mas..... yo no sé lo que usted quiere. Ni usted ni yo hemos de defender al gobierno de sus enemigos.

GERONIMO.—¿Por qué se cria el gobierno esos enemigos?

RICARDO.—Yo no sé; pero ya que los tiene se ha de defender de ellos.

GERONIMO.—Usted dirá lo que quiera, pero el sistema de reclutamiento que se sigue en México, es el menos á propósito.

RICARDO.—El caso es que no hay otro.

GERONIMO.—Ahí tiene usted á esas pobres mujeres, abandonadas, en la miseria, sin apoyo, sin una persona que vea por ellas. Esto es infame; sí, esa es la palabra. Se necesita tener un corazón de roca para no conmoverse con sus sufrimientos.

RICARDO.—Sí, pero yo no comprendo qué sistema pueda emplear el gobierno para cubrir las bajas del ejército.

GERONIMO.—¡Hombre! cualquiera..... aquel en que usted, yo y todo hijo de vecino esté obligado á tomar las armas, pero por determinado tiempo y de cierta manera.

RICARDO.—Yo no podría servir de soldado..... mi educación.....

GERONIMO.—Bien; pero pagaría vd. su reemplazo y los pobres á quienes tocara el servicio de las armas, serían menos, y sabiéndolo de antemano, se prepararían á todo.

RICARDO.—Puede ser.....

GERONIMO.—No puede ser, sino que sería lo mejor. A los gefes de familia que son el único sostén de esta, no se les pueda obligar á que sirvan en el ejército.

RICARDO.—Vamos, amigo D. Gerónimo, vd. quiere convertir esta república.....

GERONIMO.—En eso precisamente, en una república donde se respeten las leyes, donde la igualdad no sea una vana teoría, donde no haya clases privilegiadas, en donde todos los ciudadanos tengan los mismos deberes y los mismos derechos.

RICARDO.—¿Pero es eso posible?

GERONIMO.—Debe serlo, y así lo reclaman las instituciones democráticas; de otra manera tendremos una farsa, una dictadura, y no una república liberal.

RICARDO.—Sueños son esos que usted quiere plantear en México.

GERONIMO.—No sé por qué puedan ser sueños.

RICARDO.—Porque me parece de lo mas irrealizable.

GERONIMO.—Pues entonces que no se nos engañe; yo no puedo tolerar un gobierno que castiga el plagio y se convierte en plagiario. ¿Con qué derecho se castiga al criminal del orden comun y no al que ocupa los escaños del poder?

RICARDO.—Es que hay su diferencia.....

GERONIMO.—Yo no veo ninguna absolutamente. Nada; decididamente nuestras leyes necesitan reformas convenientes para las sufridas clases trabajadoras, que siempre son las víctimas.

RICARDO.—Usted siempre con su tema.

GERONIMO.—A mi nadie me podrá quitar de la cabeza mis ideas sobre el particular.

RICARDO.—Pero me parece que hemos hablado bastante de esos asuntos: tengo que hacer; ya tuve el gusto de saludarle y en seguida me voy á arreglar varios negocios.

GERONIMO.—No se olvide usted de ver al ministro.

RICARDO.—No, no me olvidaré.

GERONIMO.—Vea que en usted tienen fijas sus esperanzas esas pobres, y yo tambien en esto, á usted me confío.

RICARDO.—¡Ah! no tenga usted cuidado. (Ya veremos lo que conviene hacer.) *(Se va.)*

ESCENA VIII.

GERONIMO.

GERONIMO.—Me ha dado mucho en que meditar la desgracia de estas pobres. Dejarlas solas, expuestas á mil peligros y sobre todo en la miseria. Vamos, se ven cosas en este mundo que parecen increíbles. *(Toca la campanilla.)*

ESCENA IX.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIADO.—¿Mande vd?

GERONIMO.—Traeme mi levita.

CRIADO.—Voy.
 GERONIMO.—¡Ah! no olvides mi sombrero y mi baston.
 (Se va el criado y á poco vuelve con lo que se le pidió.)

ESCENA X.

GERONIMO Y EDUARDO.

EDUARDO.—He vuelto por aquí, solamente á recordarle que no se olvide de aquel asunto de que le hablé ayer.

GERONIMO.—Sí, ya sabe usted que yo soy bueno para un empeño.

EDUARDO.—Es que luego es usted tan olvidadizo.

GERONIMO.—Le ruego que me deje en paz.

EDUARDO.—Pues.....

GERONIMO.—Trato es trato; hace poco me dejó usted en entera libertad para obrar.

EDUARDO.—Sí, tiene usted razon.

GERONIMO.—Pues me parece que no tenemos mas que hablar.

EDUARDO.—Entonces, hasta luego.

GERONIMO.—Sí, hasta luego.

ESCENA XI.

GERONIMO, DESPUES EL CRIADO.

GERONIMO.—Preparémonos á salir (se pone la levita.)
 Ya es tarde y sobre todo en el juzgado sesto no habrán dejado de esperarme un poco, pero apenas puedo con tanto que hacer.

CRIADO.—Señor, ahí está una de las mugeres que vino hace poco.

GERONIMO.—Vamos, no me dejarán salir.

CRIADO.—¿Digo que no está usted?

GERONIMO.—No hombre, díle que pase.

ESCENA XII.

JUANA Y GERONIMO.

JUANA.—Señor licenciado, eso es imposible. Dicen que esta noche se llevan á mi marido por el tren; de rodillas le pido que lo salve.

GERONIMO.—Hija mia!, si yo no puedo hacer tanto; ya le hablé á ese señor.....

JUANA.—Pero si esta noche se lo llevan ¿qué será de nosotras, abandonadas, sin un apoyo?

GERONIMO.—(Pues señor, como no soy ministro, ó algo para poder servir á esta mujer.)

JUANA.—Si usted no habla por él, señor Licenciado...

GERONIMO.—Sí, yo hablaré.....

JUANA.—¿Qué bueno es usted señor!

GERONIMO.—¿Pero dónde está su marido de usted?

JUANA.—En el cuartel de supremos poderes.

GERONIMO.—Entonces vamos á ver que se puede hacer.

JUANA.—Sálvele usted señor.

GERONIMO.—Sí, hija; yó haré todo lo posible, vamos.

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.